

dre mio, porque no tengo la mano, le dijo de Giac encaminándose hacia él y enseñándole su muñeca ensangrentada y mutilada.

Al día siguiente, el señor de Giac fué arrojado al agua y ahogado.

GÜELFOS Y GIBELINOS

I

En 1076, en la misma época en que el héroe de España llamado el Cid conquistaba para Alfonso VI Toledo y toda Castilla la Nueva, fué cuando estallaron las desavenencias entre el emperador Enrique IV y el soberano pontífice Gregorio VII. He aquí con qué ocasión:

El espíritu de libertad había aparecido en Italia; los marinos aventureros que bordeaban las costas habían respirado sus primeros soplos, y Venecia, Génova, Pisa, Gaeta, Nápoles y Amalfi se habían constituido en repúblicas, mientras que el interior de las tierras continuaba obedeciendo á Enrique IV de Alemania. La herencia de san Pedro mismo, sin estar directamente sometida al imperio, reconocía aún su infeudación, permitiendo que el nombramiento de los papas fuese confirmado por los emperadores; pero ya el milanés Alejandro II se había negado

á deponer su tiara para recibir el bautismo del feudalismo, cuando el monje Hildebrando fué llamado al pontificado en 1073 bajo el nombre de Gregorio VII.

El nuevo papa, que debía personificar la democracia de la Edad media, no sólo siguió el ejemplo de Alejandro, sino que cuando apenas habían transcurrido tres años desde su exaltación al trono, dirigió sus ojos á Europa, y viendo que el pueblo despuntaba por todas partes como los trigos en Abril, comprendió que le tocaba á él, como sucesor de san Pedro, recoger aquella mies de libertad que había sembrado la palabra de Cristo. En 1076 publicó una decretal que prohibía á sus sucesores someter su nombramiento al poder temporal, y desde entonces el púlpito pontifical se puso á la misma altura que el trono del emperador y el pueblo tuvo su César.

Sin embargo, de igual modo que Gregorio VII no estaba dispuesto á someterse á dichos derechos, Enrique IV no era hombre que renunciase fácilmente á ellos, y, por lo tanto, respondió á la decretal con un rescripto, y su embajador se fué en su nombre á Roma á ordenar al soberano pontífice que depusiese la tiara y á los cardenales que se trasladasen á su corte, á fin de designar á otro papa; pero la lanza tropezó con el escudo y el hierro rechazó al hierro.

Gregorio VII respondió excomulgando al emperador.

Al tener noticia de este hecho, los príncipes alemanes se reunieron en Terbourg y, como el emperador, ciego de cólera, se hubiese excedido en sus derechos, que se extendían á la investi-

dura y no al nombramiento, le amenazaron con deponerle en virtud del mismo poder que él había utilizado, si, en el término de un año, no se había reconciliado con la Santa Sede.

Enrique se vió obligado á ceder, apareció suplicante en la cima de aquellos Alpes que había dicho que franquearía vencedor, y, durante un riguroso invierno, atravesó la Italia para ir de rodillas y descalzo á pedir al papa la absolución de su falta. Asti, Milán, Pavia, Cremona y Lodi le vieron pasar de este modo y, aprovechándose de su debilidad y bajo pretexto de su excomunión, rompieron su juramento. Enrique IV, por su parte, temiendo irritar al papa, no intentó siquiera rescatar la obediencia de estas ciudades y ratificó su libertad: ratificación sin la cual hubiera podido pasar en rigor, como el papa sin la investidura. De esta división entre la Santa Sede y el emperador, entre el pueblo y el feudalismo, fué de donde nacieron los dos bandos güelfo y gibelino.

Durante este tiempo y como para preparar la libertad de Florencia, Godofredo de Lorena, marqués de Toscana, y Beatriz, su mujer, morían, el uno en 1070 y la otra en 1076, dejando á la condesa Matilde heredera y soberana del mayor feudo que hubo nunca en Italia. Casada dos veces, la primera con Godofredo el Joven y la segunda con Güelfo de Baviera, Matilde se separó sucesivamente de sus dos esposos, y murió legando sus bienes á la silla de san Pedro.

Esta muerte dejó á Florencia en libertad de imitar á las demás villas de Italia y al efecto Florencia se erigió en república, dando á su vez

el ejemplo que había recibido á Siena, Pistoia y Arezzo, que se apresuraron á seguirlo.

Sin embargo, la nobleza florentina, sin permanecer indiferente á la gran querrela que dividía á Italia, no había tomado parte en ella con gran ardor y, si bien es verdad que se había dividido, no lo había hecho en dos campos, sino en dos partidos. Cada uno de estos partidos se observaba con más desconfianza que odio, y, si no estaban en paz, tampoco se hallaban en guerra.

Entre las familias güelfas, una de las más nobles, de las más poderosas y de las más ricas era la de los Buondelmonti: el primogénito de esta familia estaba prometido á una joven de la familia de los Amadei, cuya casa estaba aliada con los Uberti y era conocida por sus opiniones gibelinas. Buondelmonte de los Buondelmonti era señor de Monte-Buono en el valle del Arno superior y habitaba un palacio soberbio situado en la plaza de la Trinidad.

Un día que, según su costumbre, atravesaba á caballo, magníficamente vestido, las calles de Florencia, se abrió una ventana á su paso y oyó que le llamaban por su nombre.

Buondelmonte se volvió; pero, viendo que la que le llamaba estaba cubierta con un velo, continuó su camino.

La dama le llamó por segunda vez y se levantó el velo. Entonces Buondelmonte la reconoció por ser de la casa de los Donati, y, deteniendo su caballo, le preguntó muy cortesmente lo que le quería.

—Sólo deseo felicitarte por tu próximo casamiento, Buondelmonte, repuso la dama con

tono burlón, y quiero al mismo tiempo admirar tu abnegación que te hace aliarte con una casa que está tan por bajo de la tuya. Tal vez algún antepasado de los Amadei habrá hecho algún gran favor á alguno de los tuyos, y tú pagas hoy una deuda de familia.

—Os engañáis, noble dama, respondió Buondelmonte. Si alguna distancia existe entre las dos casas, no es el agradecimiento el que la borra, sino el amor. Amo á Lucrecia Amadei, mi prometida, y me caso con ella porque la amo.

—Dispensad, señor conde, continuó la Gualdrada, pero me parecía que el más noble debía casarse con la más rica, la más rica con el más noble y el más guapo con la más bella.

—Hasta ahora, repuso Buondelmonte, sólo en el espejo que yo le traje de Venecia he podido ver una cara comparable á la de Lucrecia.

—Monseñor, habéis buscado mal, ú os habéis cansado pronto de buscar. Florencia no tardaría en perder su nombre de villa de las flores, si no tuviese rosas más hermosas que la que vos vais á coger.

—Pocos jardines tiene Florencia que yo no haya visitado y pocas, muy pocas flores cuyos colores no haya admirado ó respirado sus perfumes, y sólo las margaritas y las violetas han podido escapar á mis miradas porque se esconden bajo la hierba.

—Existe además el lirio que brota á orillas de las fuentes, crece al pie de los sauces, baña sus pies en el arroyo para conservar su frescura y oculta su cabeza en la sombra para conservar su pureza.

—¿Tendrá acaso la señora Gualdrada algo semejante que enseñarme en su jardín?

—Tal vez, si el señor Buondelmonte se dignase honrarme con su visita.

Buondelmonte puso las bridas en manos de su paje y penetró en el palacio Donati.

La Gualdrada le esperaba en lo alto de la escalera, lo guió por los oscuros corredores hasta un cuarto retirado, abrió la puerta, descorrió una cortina, y Buondelmonte vió á una joven dormida.

Buondelmonte quedó mudo de admiración: jamás había visto nada tan bello, tan fresco y tan puro. Era una de esas cabezas rubias, tan raras en Italia que Rafael las ha tomado para sus cabezas de virgen; era una tez tan blanca que cualquiera hubiera dicho que había sido acariciada por el pálido sol del Norte; era un talle tan aéreo que Buondelmonte temía respirar por temor á que aquel ángel despertase y subiese al cielo.

La Gualdrada dejó caer la cortina, Buondelmonte hizo un movimiento para retenerla y aquélla le detuvo la mano.

—He aquí la prometida que yo te había guardado solitaria y pura; pero tú, Buondelmonte, te has apresurado y has ofrecido tu mano á otra. Está bien, vete y sé feliz.

Buondelmonte, estupefacto, guardaba silencio.

—¡Cómo! continuó la Gualdrada, ¿olvidas que te está esperando la hermosa Lucrecia?

—Escucha, dijo Buondelmonte tomándole la mano, si yo renunciase á esa alianza, si yo rom-

piese el compromiso adquirido, si me ofreciese á casarme con tu hija ¿me la darías?

—¿Qué madre sería bastante vana é insensata para rehusar la alianza del señor de Monte-Buono?

Entonces Buondelmonte levantó la cortina, se arrodilló al lado del lecho de la hermosa joven, cuya mano tomó, y como la dormida entreabriese los ojos, le dijo:

—Despertad, hermosa prometida mía. Y vos, madre, mandad á buscar á un sacerdote mientras que yo cubro la frente de vuestra hija con la corona de azahar.

Y aquel mismo día Buondelmonte se casó con Luisa Gualdrada, de la casa de los Donati.

Al día siguiente se extendió la noticia de este matrimonio. Los Amadei dudaron algún tiempo del ultraje que les habían hecho, pero llegó un momento en que no pudieron dudar ya. Entonces convocaron á sus parientes los Uberti, los Fifanti, los Lamberti y los Guadalandi y les expusieron la causa de la reunión.

Al oír relatar el insulto común, Mosca exclamó con la energía y la concisión de la venganza:

—*Cosa fall' capo ha!* (1).

Todos los que estaban presentes repitieron este grito, y la muerte de Buondelmonte quedó unánimemente resuelta.

La mañana del día de Pascua, Buondelmonte acababa de atravesar el puente viejo y bajaba por la calle de Arno, y varios hombres, á caballo como él, desembocaron en la calle de la Tri-

(1) Toda cosa tiene su fin.

nidad y marcharon á su encuentro. Al llegar á cierta distancia se separaron en dos bandos á fin de atacarle por dos partes. Buondelmonte los reconoció; pero, fuese confianza en su lealtad ó en su valor, es lo cierto que continuó su camino sin dar prueba alguna de desconfianza, y antes al contrario, al llegar á su lado los saludó muy cortesmente. Entonces, Schazetto de los Uberti sacó su brazo armado de debajo de su capa, y de un solo golpe lo derribó del caballo; al instante, echando pie á tierra, Addo Arrighi le abrió las venas con su cuchillo. Buondelmonte se arrastró hasta los pies de Marte, protector pagano de Florencia, cuya estatua estaba aún en pie, y expiró.

El rumor de este asesinato no tardó en correr por la villa. Todos los parientes de Buondelmonte se reunieron en la casa mortuoria, hicieron enganchar una carroza y colocaron en ella el cuerpo de la víctima en un ataúd descubierto. Su joven esposa, sentada al lado del ataúd, apoyó en su pecho la cabeza de su difunto esposo, los parientes más próximos la rodearon y el cortejo se puso en marcha precedido del anciano padre de Buondelmonte, el cual, de cuando en cuando, gritaba con voz sorda:

—¡Venganza! ¡venganza! ¡venganza!

En presencia de aquel ensangrentado cadáver, al aspecto de aquella hermosa viuda anegada en llanto y con los cabellos sueltos, y á los gritos de aquel padre que precedía al ataúd del hijo que habría debido seguir el suyo, los espíritus se exaltaron, y cada casa noble tomó un partido ú otro, según su opinión, sus alianzas ó su parentesco.

Cuarenta y dos familias de las más distinguidas se hicieron güelfas y se afiliaron al partido de los Buondelmonte: veinticuatro se declararon gibelinas, reconociendo por jefes á los Uberti. Cada una reunió á sus servidores, fortificó sus palacios, levantó torres, y durante tres años la guerra civil, encerrándose en los muros de Florencia, corrió descabellada por sus calles y plazas públicas.

Sin embargo, los gibelinos, desconfiando vencer si quedaban reducidos á sus propias fuerzas, se dirigieron al emperador, el cual les envió mil seiscientos caballeros alemanes. Esta tropa se introdujo furtivamente en la villa por una de las puertas de los gibelinos, y la noche de la Candelaria de 1248 el partido güelfo, vencido, se vió obligado á abandonar Florencia.

Entonces los vencedores, dueños de la villa, se entregaron á esos excesos que eternizan las guerras civiles. Treinta y seis palacios fueron demolidos y sus torres derribadas; la de los Toringhi, que dominaba la plaza del Mercado viejo y que se elevaba cubierta de mármol á la altura de ciento veinte brazas, minada por su base, cayó como un gigante herido por el rayo. El partido del emperador triunfó, pues, en Toscana, y los güelfos estuvieron desterrados hasta el año 1251, época de la muerte de Federico II.

Esta muerte produjo una reacción. Los güelfos fueron llamados, y el pueblo recobró una parte de la influencia que habia perdido. Una de las primeras órdenes fué mandar destruir las fortalezas tras las cuales desafiaban los hidalgos á las leyes. Un rescripto ordenó á los nobles que

bajasen las torres de sus palacios á la altura de cincuenta brazas, y los materiales resultantes de esta demolición sirvieron para elevar murallas en la villa, que no estaba aún fortificada por la parte del Arno. Por fin, en 1252, el pueblo para consagrar la vuelta de la libertad en Florencia, acuñó con el oro más puro aquella moneda que se llama florín, del nombre de la villa, y que sigue teniendo la misma efigie, el mismo peso y el mismo título desde hace setecientos años sin que ninguna de las revoluciones que siguieron á aquella á que debía su nacimiento se hubiese atrevido á cambiar su cuño popular ni á alterar su aire republicano.

Sin embargo, los güelfos, más generosos ó más confiados que sus enemigos, permitieron á los gibelinos quedar en la villa, y éstos se aprovecharon de esta libertad para urdir una conspiración que fué descubierta. Los magistrados les ordenaron que se presentasen á dar cuenta de su conducta; pero ellos rechazaron á los arqueros del potestá á pedradas y flechazos. Todo el pueblo se sublevó en seguida, se fué á atacar á los enemigos en sus casas, sitió palacios y fortalezas y en dos días todo quedó acabado. Schazetto de los Uberti murió peleando. Otro Uberti y un Infangati fueron decapitados en la plaza del Mercado viejo, y los que escaparon al sacrificio ó á la justicia, guiados por Farinata de los Uberti, salieron de la villa y fueron á pedir á Siena un asilo que les fué concedido.

Farinata de los Uberti era uno de esos hombres de la familia del barón de los Adrets, del condestable de Borbón y de los Lesdignieres,

que nacen con un corazón de bronce y cuyos ojos se abren en una villa sitiada y se cierran en un campo de batalla, plantas regadas con sangre que dan flores y frutos sangrientos.

La muerte del emperador privó á los gibelinos de su recurso ordinario, que consistía en dirigirse al monarca. Farinata envió entonces diputados á Manfredo, rey de Sicilia. Estos diputados solicitaban un ejército, Manfredo ofreció cien hombres y los embajadores estaban á punto de rehusar esta oferta, que consideraban irrisoria, cuando Farinata les escribió lo siguiente:

«Aceptad siempre: lo importante es tener la bandera de Manfredo entre las nuestras, y cuando la tengamos, yo iré á plantarla en tal lugar, que él se ha de ver obligado á enviarnos un refuerzo para ir á tomarla.»

Entre tanto, el ejército güelfo persiguió á los gibelinos y fué á establecer su campo ante la puerta de Camoglia, cuyo polvo era tan grato á Alfieri (1). Después de algunas escaramuzas sin consecuencia, Farinata ordenó una salida, distribuyó entre los soldados alemanes que le había dado Manfredo (2) los mejores vinos de Toscana, y, cuando vió el combate empeñado entre güelfos y gibelinos, so pretexto de auxiliar á una partida de los suyos, se puso á la cabeza de

(1) A Camoglia mi godo il polverone.

Soneto CXII.

(2) Manfredo pertenecía á la casa de Suabia.

aquellos auxiliares, y les hizo dar una carga tan profunda, que él y sus cien hombres se encontraron envueltos por todo el ejército enemigo. Los alemanes se batieron á la desesperada; pero la partida era demasiado desigual para que el valor pudiese nada en ella. Todos cayeron, y Farinata, solo, se abrió camino milagrosamente y se unió á los suyos cubierto con la sangre de los enemigos que acababa de matar, pero sin heridas.

Había conseguido su objeto: los cadáveres de los soldados de Manfredo pedían venganza por todas sus heridas, el estandarte real enviado á Florencia había sido arrastrado por el barro y despedazado por el populacho. Había en esto una afrenta para la casa de Suabia y un baldón para el escudo imperial, y solo una victoria podía borrar la una y el otro. Farinata de los Uberti escribió al rey de Sicilia relatándole la batalla, y Manfredo le respondió enviándole dos mil hombres.

Entonces el león se convirtió en zorra. Para atraer á los florentinos á una mala posición, Farinata fingió tener quejas de los gibelinos, escribió á los Anziani dándoles una cita á un cuarto de legua de la villa, acudieron á ella doce hombres y él se fué solo á su encuentro y les ofreció abrirles la puerta de San Vito, cuya custodia le estaba confiada. Los jefes güelfos no podían decir nada sin pedir consejo al pueblo, y volviéndose á la villa, reunieron el consejo. Farinata se volvió también á su campamento. La asamblea fué tumultuosa y la masa partidaria de aceptar; pero algunos de los más perspicaces

temían una traición. Los Anziani, que habían entablado la negociación y que creían sacar honra de ella, la apoyaban con todo su poder, y el pueblo apoyaba á los Anziani. El conde Guido Guerra y Tegghiaio Aldobrandini intentaban en vano oponerse á la mayoría: el pueblo no quiso escucharles. Entonces, Cece de los Guerardini, conocido por su sabiduría y su amor á la patria, se levantó é intentó hablar; pero los Anziani le ordenaron que se callase. Él se opuso y continuó su discurso, y los magistrados le condenaron á cien escudos de multa. El patriota consintió en pagarlos si así le dejaban hablar, la multa fué doblada y Guerardini aceptó este nuevo castigo diciendo que nunca era cara la honra de dar un buen consejo á la República. Por fin, se hizo ascender la multa hasta la suma de cuatrocientos florines sin que se lograra imponerle silencio, y su obstinación fué juzgada como testarudez, proponiéndose y adoptándose la pena de muerte contra el que así se atrevía á oponerse á la voluntad del pueblo.

Se comunicó la sentencia á Guerardini, el cual la escuchó tranquilamente, y levantándose por última vez, dijo:

—Haced que levanten el patíbulo y dejadme hablar en tanto.

Pero los florentinos estaban decididos á no escuchar nada. En lugar de caer á los pies de aquel hombre, lo hicieron prisionero, y, como era el único que se oponía á la decisión del pueblo, una vez que estuvo fuera de la asamblea, ésta aceptó la proposición de Farinata. Florencia pidió auxilio á sus aliados, y Luca, Bolonia,

Pistoia, el Prato, San Miniato y Volterra respondieron al llamamiento. Al cabo de dos meses, los güelfos habían reunido tres mil caballos y treinta mil infantes.

El lunes 3 de septiembre de 1260, este ejército salió de noche de Florencia y se encaminó á Siena. En medio de una guardia escogida entre los más valientes, rodaba pesadamente el *carroccio*, que era un carro dorado enganchado á ocho bueyes cubiertos de caparzones rojos y en medio del cual se elevaba una antena á cuyo extremo llevaba un globo dorado. Sobre este globo, y entre dos velas blancas, flotaba el estandarte de Florencia, que en el momento del combate, era puesto en manos de aquel á quien se estimaba más valiente. Debajo, un Cristo crucificado parecía bendecir al ejército con sus brazos extendidos. Una campana suspendida á su lado llamaba á un centro común á los que se dispersaban, y el mucho peso del *carroccio*, cortando todo medio de huir, obligaba al ejército á abandonarlo vergonzosamente ó á defenderlo con encarnizamiento. Era esta una invención de Eriberto, arzobispo de Milán, el cual, queriendo realzar la importancia de la infantería á fin de oponerla á la caballería, la había usado por primera vez en la guerra contra Conrado el Sáfico; así es que esta torpe máquina rodaba en medio de la infantería, cuyo paso debía amoldarse al de los bueyes. El que la conducía aquella vez era un anciano de setenta años llamado Juan Tornaquinci, y en la plataforma del *carroccio*, reservada á los más ancianos, iban sus siete hijos, á los que había hecho jurar que

morirían todos antes de consentir que ningún enemigo tocase aquel arco de honor de la Edad media. Respecto á la campana, asegurábase que había sido bendita por el papa Martín y se llamaba Martinella.

El 4 de septiembre, al amanecer, el ejército se encontró en el Monte-Aperto, montículo situado á cinco millas de Siena, hacia la parte oriental de la villa, desde el cual pudo descubrir en toda la extensión la ciudad que iba á sorprender. Inmediatamente, un obispo casi ciego subió á la plataforma del *carroccio* y dijo la misa, que fué oída silenciosamente por todo el ejército, arrodillado y descubierto. Una vez acabado el sacrificio de la misa, el prelado tomó el estandarte de Florencia, lo puso en manos de Jacobo del Vacca, de la familia de los Pazzi, y poniéndose él mismo una armadura, fué á colocarse en las filas de la caballería. Apenas se había colocado allí, cuando la puerta de San Vito se abrió, según lo prometido. La caballería alemana fué la primera en salir; detrás iba la de los emigrados florentinos mandada por Farinata, y después formaban la infantería, los ciudadanos de Siena con sus vasallos; en total, trece mil hombres. Los florentinos vieron que eran traicionados; pero compararon al punto su ejército con el que tenían á la vista, y lanzando gritos de provocación y de insulto, y pensando que eran tres contra uno, hicieron frente al enemigo.

En este momento, el obispo que había dicho la misa y que, como todos los hombres privados de un sentido, tenía más desarrollados los otros,

oyó algún ruido tras sí, se volvió, y sus ojos, débiles como estaban, creyeron ver entre él y el horizonte una línea que no existía antes. Tocó en el hombro á su vecino y le preguntó si lo que veía era una muralla ó una niebla.

—No es ni lo uno ni lo otro, le respondió el soldado, son los escudos de los enemigos.

En efecto, un cuerpo de caballería alemana había dado un rodeo al Monte-Aperto, había vadeado el Arbia y atacaba por detrás al ejército florentino, mientras que el resto de los sieneses le presentaban batalla por delante.

Entonces, Jacobo del Vacca, pensando que había llegado la hora de empeñar la lucha, levantó sobre todas las cabezas el estandarte de Florencia que representaba un león, y gritó:

—¡Adelante!

Pero al mismo instante, Bocca de los Abbati, que era gibelino de corazón, desenvainó la espada y de un sólo golpe echó al suelo mano y estandarte, y después, gritando: *¡Á mí los gibelinos!* se separó con trescientos nobles del mismo partido y del mismo ejército güelfo, para ir á unirse á la caballería alemana.

Entre tanto, la confusión era grande entre los florentinos; Jacobo del Vacca levantaba su muñeca mutilada y ensangrentada gritando:

—¡Traición!

Nadie pensaba en recoger el estandarte pisoteado por los caballos, y como todos se viesan atacados por aquel que un instante antes creían su hermano, en lugar de apoyarse cada uno en su vecino, se alejaba de él temiendo aun más la espada que le debía defender que la que debía ata-

carle. Entonces el grito de traición proferido por Jacobo del Vacca corrió de boca en boca, y cada caballero, olvidando la salvación de la patria para no pensar más que en la suya, tiró hacia el lado que le pareció menos peligroso, confiando su vida á la rapidez de su montura y dejando que su honor expirase en lugar suyo en el campo de batalla, tanto, que de los tres mil nobles que allí había, sólo treinta y cinco valientes se negaron á huir y murieron defendiéndose.

La infantería, que se componía del pueblo de Florencia y de las gentes llegadas de las villas aliadas, tomó otra actitud y se reunió en torno del *carroccio*. En este punto fué donde se concentró el *combate y la gran carnicería que tuvo al Arbia de rojo* (1).

Pero privados de su caballería, los güelfos no podían sostenerse, ya que todos aquellos que habían quedado en el campo de batalla eran, como hemos dicho, gentes del pueblo que, armados al azar con horcas y alabardas, no podían oponer á la larga lanza y á la espada de los caballeros más que escudos de madera, corazas de búfalo ó casacas almohadilladas. Los hombres y los caballos acorazados penetraban, pues, fácilmente en estas masas, haciendo en ellas profunda carnicería; sin embargo, animadas por el ruido de Martinella, que no cesaba de sonar, tres veces se cerraron dichas masas rechazando de su seno á la caballería alemana, que tres ve-

(1)

... Lo strazio e'l grande scempio
Che fece l'Arbia colorata in rosso.

ces salió de él ensangrentada y mutilada como un hierro de una herida.

Por fin, gracias á la distracción que motivó Farinata poniéndose á la cabeza de los emigrados florentinos y del pueblo de Siena, los caballeros llegaron hasta el *carroccio*. Entonces los dos ejércitos presenciaron una acción maravillosa, que fué la que ofreció aquel anciano al que dijimos que estaba confiada la custodia del *carroccio* y que había hecho jurar á sus siete hijos que morirían en su puesto.

Durante todo el combate, los siete jóvenes habían permanecido en la plataforma del *carroccio*, desde la cual dominaban el ejército. Tres veces habían visto al enemigo próximo á llegar hasta ellos, y tres veces habían vuelto impacientemente los ojos hacia su padre; pero el anciano los había retenido con una seña. Por fin, llegó la hora en que era necesario morir, y el anciano gritó á sus hijos:

—¡Adelante!

Los jóvenes saltaron del *carroccio*, á excepción de uno, que era el más joven y, por lo tanto, el más amado, el cual fué detenido por su padre. Sólo tenía diez y siete años y se llamaba Arnolfo.

Los seis hermanos iban armados como caballeros y resistieron vigorosamente el choque de los gibelinos. Entre tanto, el padre, con una mano sostenía á su hijo y con la otra tocaba la campana: los güelfos se reanimaron, y los caballeros alemanes fueron rechazados por cuarta vez. El anciano sólo vió volver á su lado á cuatro hijos, pues los otros dos habían caído para no volver á levantarse. Al instante mismo, pero del

lado opuesto, se oyeron grandes gritos y se vió á la multitud abrirse. Era Farinata de los Uberti, á la cabeza de los emigrados florentinos, que volvía de perseguir á la caballería güelfa, después de estar seguro que ésta no volvería ya al combate, como el lobo que apresta á los mastines antes de arrojarse sobre los corderos.

El anciano, que dominaba á la multitud, lo reconoció por su penacho, por sus armas y, sobre todo, por sus golpes: hombre y caballo, unidos como un solo ser, parecían un monstruo cubierto con las mismas escamas. Lo que caía á los pies del uno, era pisoteado al instante por los pies del otro: todo se abría ante ellos. El anciano hizo una seña á sus cuatro hijos, y Farinata fué á chocar contra una muralla de hierro. Inmediatamente, las masas se cerraron de nuevo y el combate se reanudó.

Farinata era el único que dominaba á todas aquellas gentes de á pie, gracias á la altura de su caballo, pues los demás gibelinos se habían quedado atrás. El anciano podía seguir su mortífera espada, que se levantaba y se bajaba con la rapidez del martillo del herrero, podía oír el grito de muerte que seguía á cada golpe, y dos veces creyó reconocer la voz de sus hijos; sin embargo, no cesó de tocar la campana con una mano y de oprimir fuertemente el brazo de Arnolfo con la otra.

Farinata reculó al fin, pero reculó como reclusa un león, es decir, desgarrando y rugiendo; dirigió su retirada hacia los caballeros florentinos que cargaban para socorrerle, y en el espacio de tiempo que transcurrió mientras fué á unírseles,

el anciano sólo vió volver á dos de sus hijos; pero ni una lágrima salió de sus ojos, ni una queja se escapó de su corazón, y únicamente se limitaba á estrechar con más fuerza á Arnolfo contra su pecho.

Farinata, los emigrados florentinos y los caballeros alemanes se habían reunido, y mientras todas las tropas sienesas cargaban por su parte infantería contra infantería, aquéllos se preparaban á reanudar el ataque.

La última embestida fué terrible: tres mil hombres á caballo y cubiertos de hierro se hundieron en medio de diez ó doce mil infantes que rodeaban aún el *carroccio*, y penetraron en sus masas cual una inmensa serpiente cuyo dardo fuese la espada de Farinata. El anciano vió avanzar al monstruo é hizo seña á sus dos hijos de que saliesen al encuentro del enemigo con toda la reserva. Arnolfo lloraba de vergüenza porque no podía seguir á sus hermanos.

El anciano les vió caer uno tras otro, y entonces puso la cuerda de la campana en manos de Arnolfo y saltó de la plataforma: el pobre padre no había tenido valor para ver morir á su séptimo hijo.

Farinata pasó sobre el cuerpo del padre como había pasado sobre el de los hijos, el *carroccio* fué tomado, y como Arnolfo continuaba tocando la campana, á pesar de las intimaciones contrarias que se le hacían, de la Pressa subió á la plataforma y le rompió la cabeza de un mazazo.

Tan pronto como los florentinos dejaron de oír la voz de Martinella desistieron de defenderse: cada uno huyó por su lado, unos se refugiaron

en el castillo de Monte-Aperto, donde fueron hechos prisioneros al día siguiente, y los otros murieron. En suma, que, según se dice, quedaron diez mil hombres en el campo de batalla.

La pérdida de la acción de Monte-Aperto es para Florencia uno de esos grandes desastres cuyo recuerdo se perpetúa á través de las edades. Después de cinco siglos y medio, el florentino muestra aún con tristeza á los extranjeros el lugar del combate y busca en las aguas del Arbia aquel tinte rojizo que le comunicó, según se dice, la sangre de sus antepasados. Los sieneses, por su parte, aún se enorgullecen hoy de su victoria. Las antenas del *carroccio*, que tantos hombres vió caer en torno suyo aquel día, son preciosamente conservadas en la basilica, como conserva Génova, en la puerta de la Dársena, las cadenas del puerto de Pisa, como guarda Perugia el león de Florencia en la ventana del palacio gubernamental: ¡pobres villas á quienes no les queda de su antigua libertad más que los trofeos que se han quitado unas de otras! ¡pobres esclavas á quienes sus amos han clavado en la frente, por irrisión tal vez, su corona de reina!

El 27 de septiembre, el ejército gibelino se presentó ante Florencia hallando á todas sus mujeres enlutadas, pues, según dice Villani, no había una sola que no hubiese perdido un hijo, un hermano ó un marido. Sus puertas estaban abiertas y no hizo oposición ninguna. Desde el día siguiente, todas las leyes güelfas fueron abolidas, y el pueblo, cesando de tomar parte en los consejos, volvió á quedar bajo el dominio de la nobleza.

Entonces se convocó en Empoli una dieta de las ciudades gibelinas de Toscana; los embajadores de Pisa y de Siena declararon que no veían más medio de extinguir la guerra civil que destruyendo por completo á Florencia, verdadera capital de los güelfos que no cesaría de favorecer á este partido; los condes Guido y Alberti, los Santafor y los Ubaldini apoyaron esta proposición, que fué aplaudida por todo el mundo, ya por ambición, por odio ó por temor. Ya iba á quedar decidida, cuando Farinata de los Uberti se levantó.

Discurso verdaderamente sublime fué el que pronunció aquel florentino por Florencia, aquel hijo en favor de su madre, aquel victorioso, pidiendo gracia para los vencidos, ofreciendo morir para que la patria viviese, empezando como Coriolano y acabando como Camilo (1).

La palabra de Farinata predominó en el consejo como su espada en la batalla, Florencia fué salvada, y los gibelinos establecieron allí su gobierno, que duró seis años.

Durante el quinto año de esta reacción imperial, nació en Florencia un niño que recibió de sus padres el nombre de Alighieri y del cielo el de Dante.

Era el vástago de una noble familia cuya genealogía (2) se encargará él mismo de hacernos.

(1) ... Fu'io, sol colà dove sofferto
Fu per ciascun di torre via Fiorenza
Colui che la difese a viso aperto.

Infierno, Canto X.

(2) *Paraíso*, Canto XV.

La raíz de este árbol, del que fué él una rama de oro, era Caccia Guida Elisei, el cual, habiéndose casado con una joven de Ferrara, de la familia de los Alighieri, unió á su nombre y á sus armas el nombre y las armas de su esposa, y murió en tierra santa caballero del ejército del emperador Conrado.

Joven aún, Dante perdió á su padre. Educado por su madre, que se llamaba Bella, su educación fué la propia de un cristiano y de un hidalgo. Brunetto Latini le enseñó las letras latinas y griegas. Respecto al nombre de su maestro en caballería, se perdió, aunque la batalla de Campaldino haya probado que Dante recibió nobles lecciones.

Adolescente, estudió la filosofía en Florencia, Bolonia y Padua; hombre ya, fué á Paris y aprendió allí teología, volviendo después á su hermosa Florencia, que era presa de guerras civiles. Su alianza con una mujer de la familia de los Donati le inclinó al partido güelfo. Dante era uno de esos hombres que cuando se dan lo hacen en cuerpo y alma; así es que en la batalla de Campaldino le vemos cargar á caballo contra los gibelinos de Arezzo, y en la guerra contra Pisa ser el primero en subir al castillo de Caprona.

Después de esta victoria, obtuvo las primeras dignidades de la república. Nombrado embajador catorce veces, catorce veces llevó á buen fin la misión que le había sido confiada. En el momento de partir para una de esas embajadas (1), fué cuando, dirigiendo una mirada á los aconte-

(1) Cerca del papa Bonifacio VII.

cimientos y á los hombres, y encontrando gigantes á los unos y pequeños á los otros, pronunció estas desdeñosas palabras:

—Si yo me quedo, ¿quién irá? Y si yo voy, ¿quién quedará?

En una tierra abonada por las discordias civiles, germina pronto esta semilla, ya que su planta es la envidia y su fruto el destierro.

Acusado de concusión, Dante fué condenado el 27 de enero de 1302 por sentencia del conde Gabriel Gubbio, potestá de Florencia, á ocho mil libras de multa y dos años de proscripción, y en el caso de no pagar esta multa, á la confiscación de sus bienes y á un destierro eterno.

Dante no quiso reconocer el crimen, reconociendo la sentencia; abandonó sus empleos, sus tierras y sus casas, y salió de Florencia llevándose por toda riqueza la espada con que había peleado en Campaldino y la pluma con que había escrito ya los siete primeros cantos del *Infierno*.

Entonces sus bienes fueron confiscados y vendidos en provecho del Estado, se pasó el arado por el lugar en que había estado su casa, y se sembró sal. Por fin, condenado á muerte en rebeldía, fué quemado en efigie en la misma plaza en que Savonarola debía serlo en realidad dos siglos después.

El amor á la patria, el valor en el combate y el ardor de la gloria, habían hecho de Dante un valiente guerrero; la habilidad y la intriga, la perseverancia en la política, la exactitud en la verdad, habían hecho de Dante un gran político;

y la desgracia, el desprecio y la venganza, le transformaron en sublime poeta. Privado de aquella actividad terrestre que necesitaba, su alma se sumió en la contemplación de las cosas divinas, y mientras que su cuerpo permanecía encadenado á la tierra, su espíritu visitaba el triple reino de los muertos y poblaba el infierno con sus odios y el paraíso con sus amores. *La Divina Comedia* es la obra de la venganza; Dante corta su pluma con su espada.

El primer asilo que se ofreció al fugitivo fué el castillo del señor de la Scala, y, desde el primer canto de su *Infierno* (1), el poeta se apresura á pagar su deuda de agradecimiento, deuda que enumera aún en el décimo séptimo canto del *Paraíso* (2).

Encontró el patio de aquel Augusto de la Edad media poblado de proscriptos. Uno de ellos, Sagacius Mucius Gazata, historiador de Reggio, nos ha dejado detalles preciosos acerca de la manera cómo el señor de la Scala ejercía su hospitalidad con aquellos que iban á pedir un asilo á su castillo feudal.

(1)

... Infin che'l Veltro
Verrà, che la farà morir di doglia.
Questi non ciberà terra nè peltro;
Ma sapienza, e amore, e virtute,
E sua nazione sarà tra feltro e feltro.

Infierno, Canto I.

(2)

Lo primo tuo rifugio e'l primo ostello
Sarà la cortesia del gran Lombardo,
Che'n su la Scala porta il santo ucello.

Paraíso, Canto XVII.

«Había diferentes habitaciones, según sus diversas condiciones, y el magnánimo señor las había dotado de criados y una mesa espléndida. Los diversos cuartos estaban indicados con divisas y diferentes símbolos: la Victoria para los guerreros, la Esperanza para los proscritos, las Musas para los poetas, Mercurio para los pintores, y el Paraíso para las gentes de Iglesia, y durante las comidas, músicos, bufones y prestidigitadores recorrían aquellas habitaciones. Las salas estaban pintadas por Giotto, y los asuntos que éste había tratado tenían relación con las vicisitudes de la fortuna humana. De cuando en cuando, el dueño del castillo llamaba á su propia mesa á algunos de sus huéspedes, sobre todo á Guido de Castello de Reggio, que á causa de su franqueza le llama el sencillo Lombardo, y á Dante Alighieri, hombre entonces muy ilustre y á quien él veneraba á causa de su genio.»

Pero, por honrado que se viese, el proscrito no podía conformarse, y profundas quejas salían á veces de su pecho.

Tan pronto es Farinata el que con voz alta le dice: «La reina de estos lugares no habrá iluminado cincuenta veces su rostro nocturno, cuando tú sabrás por ti mismo cuán difícil es el arte de entrar en la patria», como su abuelo Caccia Guida, que, acompañando á su hijo en sus penas futuras, exclama: «Como Hipólito salió de Atenas arrojado por una madrastra pérfida é impía, así tendrás que dejar tú las cosas que te son más queridas, y esta será la

primera flecha que partirá del arco del destierró. Entonces comprenderás toda la amargura que encierra el pan del extranjero y cuán dura es de subir y bajar la escalera ajena. Pero el mayor peso para tus hombros será aquella sociedad malvada y dividida con la cual caerás en el abismo.»

Estos versos se ve que están escritos con lágrimas en los ojos y sangre en el corazón.

Sin embargo, por grande que fuese el amargo dolor que sufría el poeta, se negó á entrar en su patria porque no podía entrar por el camino del honor. En 1315, una ley llamó á los proscritos, con la condición de que pagasen cierta multa. Dante, cuyos bienes habían sido vendidos y cuya casa había sido demolida, no pudo reunir la suma necesaria. Entonces le ofrecieron perdonársela, pero con la condición de que se constituiría en prisionero y que iría á recibir su perdón á la puerta de la catedral, descalzo, vestido con traje de penitente y con una cuerda atada á la cintura. Esta proposición le fué transmitida por un religioso amigo suyo, y he aquí la respuesta de Dante:

«Recibí con honor y con placer vuestra carta, y después de haber pesado cada una de sus palabras, he comprendido, con agradecimiento, lo mucho que vos deseáis de corazón mi vuelta á mi patria. Esta prueba de vuestro recuerdo me une á vos tanto más estrechamente, cuanto que es muy raro que los desterrados encuentren amigos. Si mi respuesta no fuese tal como la desearía la pusilanimidad de algunos, la someto

afectuosamente al examen de vuestra prudencia.

»He aquí lo que he sabido por una carta de vuestro sobrino, que lo es mío, y de algunos de mis amigos. Según ley publicada recientemente en Florencia acerca de los desterrados, parece que si yo quiero dar una suma de dinero ó pagar una multa honrosa, podré ser absuelto y volver á Florencia. En esta ley ¡oh padre mío! hay que confesar que hay dos cosas ridículas y mal aconsejadas, y digo mal aconsejadas, por aquellos que han hecho la ley, porque vuestra carta, más discreta y sabiamente concebida, no contenía nada de esto.

»¡He aquí, pues, la gloriosa manera cómo debe volver á su patria Dante Alighieri, después de un destierro de quince años! ¡He aquí la reparación concedida á una inocencia manifiesta para todo el mundo! ¿Me habían reportado este salario mis grandes sudores y mis largas fatigas? ¡Lejos de un filósofo esta baja, digna de un corazón de barro! ¡Lejos de mí el espectáculo en que yo sería presentado al pueblo como podría serlo un miserable sin corazón y sin fama. ¿Que yo, desterrado de honor, vaya á hacerme tributario de aquellos que me ofenden, como si hubiesen obrado bien conmigo? ¡Oh padre! ¡no es ese el camino de la patria! Pero si vos pudiésteis abrir algún otro que no manchase el buen nombre de Dante, lo acepto, indicádmelo y mis pasos no serán lentos. Para no entrar en Florencia por el camino del honor, vale más no entrar. El sol y las estrellas se ven desde toda la tierra, y en cual-

quier parte de la tierra se puede meditar acerca de las verdades del cielo» (1).

Dante, proscrito por los güelfos, se había hecho gibelino, y mostró tanto ardor por su nueva religión como leal había sido á la antigua; sin duda temía que la unidad imperial fuese el único medio de grandeza para Italia, y sin embargo, Pisa había construido á sus ojos su Campo Santo, su catedral y su torre inclinada. Arnolfo de Lapo había echado en la gran plaza de Florencia los cimientos de Santa María de las Flores; Siena había levantado su catedral con campanario rojo y negro, y había encerrado en ella, como una joya en su estuche, el púlpito esculpido por Nicolás de Pisa. Tal vez también el carácter aventurero de los caballeros y de las señoras alemanas le parecía más poético que la habilidad comercial de la nobleza genovesa ó veneciana, y el fin del emperador Alberto le agradaba más que la muerte de Bonifacio VIII (2).

Cansado de la vida que hacía en casa de Can

(1) Esta carta conservada en la Biblioteca de Florencia, no está escrita por Dante. Dante, como Molière, no dejó ningún manuscrito autógrafa.

(2) El emperador Alberto fué muerto en Koenigfelden por su sobrino Juan de Suabia, en el momento en que marchaba contra los suizos. Bonifacio VIII, furioso por haber sido abofeteado por Colonna, fué víctima de una fiebre frenética y se rompió la cabeza contra las paredes de su cuarto, después de haberse devorado una mano. El pueblo le hizo este epitafio: «Aquí yace el que entró en el pontificado como una zorra, reinó como un león y murió como un perro.»

de la Scala, donde la amistad del amo no le protegía siempre de la insolencia de sus cortesanos y de las burlas de su bufón, el poeta reanudó su vida errante. Acabó su poema del *Infierno* en Verona, escribió el *Purgatorio* en Gangagnano, y terminó su obra con el *Paraiso*, en el castillo de Tolmino, situado en Frioul. De aquí se fué á Padua, pasando algun tiempo en casa de Giotto, su amigo, á quien por agradecimiento le dió la corona de Cimabue. Por fin se trasladó á Rávena, y en esta villa fué donde publicó su poema completo. Dos mil copias se sacaron de él á pluma y fueron enviadas por toda Italia, ocurriendo entonces que todo el mundo levantó asombrado sus ojos hacia aquel nuevo astro que acababa de aparecer en el cielo. Se dudó de que un hombre vivo hubiese podido escribir tales cosas, y más de una vez ocurrió que, cuando Dante se paseaba lenta y severamente por las calles de Verona con su larga bata roja y su corona de laurel en la cabeza, alguna madre santamente asustada se lo señalaba con el dedo á su hijo, diciéndole:

—¿Ves aquel hombre? ¡ha bajado al infierno!

Dante murió en Rávena el 14 de septiembre de 1321, á la edad de cincuenta y seis años. Guido de Poleta, que le había ofrecido un asilo, hizo que lo enterrasen con gran pompa en la iglesia de los Hermanos menores, vestido con traje de poeta. Sus restos permanecieron allí hasta el año 1481, época en la que Bernardo Bembo, potestá de Rávena por la república de Venecia, le hizo erigir un mausoleo con arreglo á los proyectos de Pedro Lombardo. En la bó-

veda de la cúpula se ven cuatro medallones que representan á Virgilio, su guía, á Brunetto Latini, su maestro, á Can Grande, su protector, y á Guido Cavalcante, su amigo.

Florenia, injusta con el vivo, fué piadosa con el muerto, é intentó volver á ver los restos de aquél á quien había proscrito. En 1396, decretó levantarle un monumento público; en 1429 renueva sus instancias cerca de los magistrados de Rávena, y por fin en 1519 dirige una instancia á León X, y entre las firmas se lee esta apostilla: *Yo, Miguel Ángel, escultor, suplico á Vuestra Santidad en el mismo sentido, ofreciéndome hacer al divino poeta una sepultura conveniente en un lugar honroso de esta villa.* León X rechazó la instancia, y sin embargo hubiera sido una gran cosa ver la tumba de Dante hecha por Miguel Ángel.

Dante era de mediana estatura y bien formado, tenía la cara larga, ojos grandes y penetrantes, nariz aguileña, mandíbulas fuertes, labio inferior saliente y más grueso que el superior, tez morena, y barba y cabello crespos. De ordinario, marchaba grave y acompasadamente, vestía trajes sencillos, hablaba poco y esperaba siempre á que le interrogasen para responder, resultando su respuesta justa y concisa, pues siempre pensaba mucho lo que decía. Sin tener una elocución fácil, resultaba elocuente en las grandes circunstancias. Á medida que envejecía, se felicitaba de estar solitario y alejado del mundo. El hábito de la contemplación le hizo contraer costumbres austeras, aunque fué siempre hombre de genio vivo y de excelente cora-

zón. Dió una prueba de esto cuando, para salvar á un niño que había caído en uno de aquellos pozos en que se sumergía á los recién nacidos, rompió la pila bautismal de San Juan sin preocuparse de que le acusasen de impiedad (1).

Á la edad de nueve años, Dante había tenido uno de esos amores cuyo encanto dura toda la vida, Beatriz de Folto Portinari, en quien sus recuerdos veían cada vez bellezas nuevas (2), pasó ante aquel niño con corazón de poeta, el cual la inmortalizó cuando fué hombre. Á la edad de veintitrés años, aquel ángel de la tierra subió al cielo á tomar sus alas y su aureola, y Dante la encontró á la puerta del Paraíso, adonde no podía acompañarle Virgilio.

- (1) Non mi parean meno ampi, nè maggori
Che quei che son nel mio bel san Giovanni
Fatti, per luogo de'battezzatori;
L'un delli quali, ancor non è molt'anni,
Rupp'io per un, che dentro v'anneggava:
E questo fia suggel ch'ogni uomo sganni.

Infierno, Capitulo XIX.

- (2) Io non la vidi tante volte ancora
Chio non trovassi in lei nuova bellezza.

II

Si se quiere dirigir una mirada á la Europa del siglo XIII y estudiar los acontecimientos que se realizaron en cien años, se verá que fué en aquella época cuando el feudalismo, preparado por un génesis de ocho siglos, da principio á la laboriosa infancia de la civilización. El mundo pagano é imperial de Augusto estaba derribado con Carlomagno en occidente y con Alejo el Ángel en oriente: el mundo cristiano y feudal de Hugo Capeto le había sucedido, y la Edad media, religiosa y política, personificada ya en Gregorio VII y en Luis IX, no esperaba para completarse más que su representante literario.

Hay momentos en que ideas vagas, buscando cuerpo para hacerse hombre, flotan sobre las sociedades como una niebla sobre la superficie de la tierra; mientras el viento las empuja hacia los lagos ó las llanuras, no son más que un vapor sin forma, sin constancia y sin color, pero si encuentran á su paso un gran monte, se adhieren á su cima, el vapor se convierte en nube y la nube en tormenta, y mientras la frente de la montaña se forma con rayos sin aureola, el